

Diseño de portada: Lucía Gómez Benet

PQ7297
C2482 L8

Carballido, Emilio, 1925-
Luminaria, Zorros chinos y La prisionera / Emilio Carballido. --
Xalapa, Ver., México : Universidad Veracruzana, 2000.
152 p. ; 22 cm. -- (Ficción)

ISBN: 968-834-529-6

I. Teatro mexicano. I. Universidad Veracruzana. II. t. III. t.
Zorros chinos. IV. La prisionera.

DBUV 2000/017

C.D.D.: M862.4

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

Primera edición, julio del 2000

© Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Apartado postal 97
Xalapa, ver., 91000, México

ISBN: 968-834-529-6

Luminaria

Para Rosa María

Estrenada en la Casa de la Paz, México, D. F., el 18 de junio, 1998; coproducción de la Universidad Veracruzana y la Universidad Autónoma Metropolitana.

Reparto

La Princesa Yamilé: Rosa María Moreno
Franz Martínez: Marco Vinicio Estrello
Lupe: José Juan de la O.

En el último tercio del siglo XX. Y en México, D. F.

Dirección: JUAN RAMÓN GÓNGORA
Coreografía: HÉCTOR HERRERA
Arreglos musicales: LORENA OROZCO
Escenografía y vestuario: FERNANDO ZAMUDIO

Es una habitación fantasiosa y plagada de objetos al punto de volverlos invisibles. Hay ramilletes de plumas de pavorreal y de avestruz, en floreros de vidrio de Guadalajara; grandes palmas y helechos muy cuidados, lámparas art-nouveau y lámparas art-decó y veladoras... También un jarrón chino, valioso, y uno de Tlaquepaque atroz.

Se puede iluminar por áreas, gracias a tanta lámpara.

Un sofá pullman, muy de los cuarenta. Un sillón segundo imperio, un sofá primer imperio, sillas Viena, un sillón de oficina con resorte. Mesitas, aparato de sonido.

Rinconeros y vitrinas con cachivaches.

Muchos retratos de Yamilé y carteles. En los carteles, su nombre escénico; Princesa Yamilé. Pintada, dibujada, fotografiada, en caricaturas, en escena, en trajes de show, en stills de películas.

Programas enmarcados.

Mantones, chales asiáticos, gasas indias con dorados...

Tres ventanas, muy art-decó, a la calle. Esto es un cuarto piso. Dos puertas. Una chimenea, que no luce muy usada, con sus atizadores, palita, tenazas...

En sitio de honor, un gran gato japonés, "maneki-neko", vigila la escena con inalterable optimismo.

En cuanto a la apariencia de los personajes:

Yamilé viste batas de casa, pero también vestidos para las ocasiones. Variadísimas batas: de gasa, con plumas, de terciopelo, bordadas, medio árabes, medio bizantinas, etc. Sus vestidos: toda su ropa es de diseñador, pero más vale no averiguar cuál.

Lupe viste a veces como sirviente nativo de película colonialista, chaquetas blancas, filipinas; o chalecos rayados, o saquito corto paramilitar... También puede andar en delantal y con pañoleta en la cabeza.

Franz trae jeans rasgados, suéteres, bufandas larguísimas, chamarras de algodón o de mezclilla, camisetas con leyendas en francés o en ruso, también muy viejas. Se notarán las prendas de su ropa en las que intervinieron los otros dos personajes.

Obviamente, para cada una de las siete secuencias cambiarán de ropa... Velocísimamente.

No debe haber oscuros: de una secuencia a otra hay cambios de luz y de ropa. Remates enfáticos para cerrar una secuencia, y cambios.

Yamilé como intérprete musical: hace una charada mímica, esto es: para la noche, dos manos extendidas, estrellas en los dedos; "Aquel lugar", un dedo lo precisa; "soñamos", las manos soñadoras junto a la cara; "el mar", las olas y el agua con todo el cuerpo. "Reímos", gestos de je je je, "lloramos", lágrimas con las manos y el gesto... Etcétera.

El bolero es Una noche cualquiera, tal como lo canta Amparo Montes, CD Sonopres, México, Ellas en el amor, dos discos compactos, RCA, MDC Digital, BMG Bertelsman de México. No dan crédito a los compositores.

Escena I

Oímos a Lupe gemir y llorar fuera de escena. Yamilé está gritándole ferozmente.

YAMILÉ: ¡No quiero que nadie me rebane el pescuezo mientras duermo! ¡Ni que vacíen la casa, me den de palos y me amarren y me violen! ¡Ni despertar y encontrarte tirado en la cocina, con todas las tripas de fuera! ¿Oíste? ¡Que sea la última vez! ¡Para hacer lo que quieras, te largas a la calle!

LUPE: *(Fuera.)* Lo que pasa, que usted no tiene corazón.

YAMILÉ: No. No tengo. Me lo robó un gandalla como esos que metes a la casa. Malvivientes, drogos, borrachos y maleantes; eso es lo que te encanta. *(Murmullo confuso fuera.)* ¿Qué? ¿Qué éste es qué? ¡Albañil! ¡Qué encanto! Qué honor. La flor del proletariado pasa por mi casa. Gracias. ¡Pero si vuelve a suceder, ahora sí te largas! ¡Empaca y te largas y te vuelves albañil, o plomero o soldadera

o lo que se te ofrezca! ¡Algo peor! Y a ver en qué esquina te reciben, ¿oíste? Y búscate una sin farol.

Entra, se sienta.

Gemido y lamento más fuertes aún. Silencio. Yamilé se sienta, furiosa y agitada, rumiando su rabia. Pasa tras ella Lupe, rumbo a la salida. Lleva una maleta, muy digno. Yamilé lo advierte.

YAMILÉ: ¿Adónde vas?

LUPE: Vendré después por el resto de mis cosas. Si no las quiere aquí, tírelas a la calle.

Sale por la otra puerta.

YAMILÉ: Eso haré, pero antes ven acá. ¡Dije: ven acá!

Pausa. Entra Lupe. Ella lo abofetea. Llanto de él y se abraza llorando a Yamilé, que lo consuela y le hace cariños.

YAMILÉ: Eso, ya muchachín, ya... A ver, ¿tengo razón o no? Te dan ataques de calent... de ilusión, y no sabes ni a quién te encuentras, ¿verdad? Sales como las gatas, llorando por la azotea... Y regresas con cicatrices y las orejas arrancadas...

LUPE: Nadie me ha arrancado las orejas, nunca.

YAMILÉ: Pues espérate, no tardan. Además, era una imagen poética. Anda, levanta tu maleta y prepara café, que espero a un joven.

LUPE: Ya llegó.

YAMILÉ: ¿Cómo que ya llegó?

LUPE: *(Entre pucheros.)* Todavía no me iba yo. Salí a abrirle.

YAMILÉ: ¿Y dónde está?

LUPE: Ahí en la entrada.

YAMILÉ: ¿Y te vio así? ¡Qué barbaridad! ¿Por qué no avisas?

LUPE: Porque estaba usted muy ocupada, dándome bofetones.

YAMILÉ: ¡Y te voy a dar más! Estúpido. Lo dejas ahí para que vea todo el show. Palco de honor.

LUPE: La escena es toda suya.

YAMILÉ: Tuya, estúpida. La del show eres tú. Prepara café. Pero no como agüita para dormir tísicos: café robusto, para criar murciélagos intergalácticos. Eso. Y... *(Se ve al espejo.)* Que pase ya ese joven.

LUPE: Usted sí, ¿verdad?

YAMILÉ: ¿Yo sí qué?

LUPE: Nada.

YAMILÉ: ¿Yo sí recibo a quien quiero? ¿Eso quieres decir? Pues sí, yo sí, porque ésta es mi casa y hago aquí mi chingada gana, eso hago, mi casa. Y ese joven es un escritor y no le rebana el pescuezo a nadie.

LUPE: Mh. Ya veremos. *(Sale.)*

Un silencio. Consternación de Yamilé. Duda qué hacer. Al fin:

YAMILÉ: Eh... ¿De veras está usted ahí?

FRANZ: *(Fuera.)* Buenos días.

YAMILÉ: Je, qué puntual. Pase mientras me arreglo un poco. *(Saliendo, grita.)* ¡Pase, siéntese! *(Salió.)*

Entra Franz. Ve en derredor con cierto pasmo. Está divertidísimo. Viste sus jeans rotos, suéter, bufanda de varios metros. Lentas.

Ve la hora: toma el teléfono y llama... Espera... No hay respuesta. Cuelga. Duda. Marca otra vez, con cuidado. Mismo resultado. Cuelga.

Ve las cosas, una por una; se quita a veces los lentes, para ver algo de cerca. Los retratos... Descuelga uno y lo observa a la luz de una ventana. Vuelve Yamilé, vestida y adornada para la ocasión.

YAMILÉ: Bueno, aquí me tiene. Usted es... *(Trae abanico.)*

FRANZ: Franz Martínez, a sus órdenes. Usted es la princesa... Princesa Yamilé. *(Le da la mano.)*

YAMILÉ: Eso es. Llegó usted muy puntual.

FRANZ: ¡Y éste es el general De Gaulle!

YAMILÉ: Claro. Cuando canté para él.

FRANZ: ¡¿Cantó para él?!

YAMILÉ: *(Deslumbrando a Franz. Atinando y no.)* Fue en la Ciudad Universitaria. El general vino de visita a México y era tanta, tanta la multitud de estudiantes, que lo sitiaron, lo rodearon, ahí quedo tirada la comitiva, despatarrada, las embajadas y los del gobierno, los guaruras... Los estudiantes se lo llevaron a la explanada y había muchos que sabían francés y traducían... ¡Entonces le canté! *(Canta.)* *Quand il me prende dans ses bras et me parle tout-bas, je vois la vie en rose...* Y después me corearon y él me abrazó. *(Toma la foto. Deja abanico.)* ¿Ve la foto? Parecía yo una niña, pequeñita contra el pecho del héroe... ¡Él era altísimo! En el hotel le mandaron hacer cama especial, porque en todas se le salían los pies. Y le cantamos la *Marsellesa* y lloré y lloré y todos le gritaban vivas... Cuando llegaron los guaruras, él platicaba ya, un discurso divino, en el Aula Magna...

FRANZ: ¿Qué estudiaba usted?

YAMILÉ: Yo nada, yo ya era estrella... Pero mi novio estaba en la prepa y me llevó. Siéntese. Pedí que nos hagan café.

FRANZ: Sí, eso oí. Para vampiros estelares.

YAMILÉ: *(Explica.)* Murciélagos: no duermen. Y potentes, dzzzm. Intergalácticos. Usted no es discreto. *(Va hacia la silla.)*

FRANZ: No. Tampoco usted.

YAMILÉ: Pues no. Tal vez sea mejor así, dado nuestro proyecto.

FRANZ: Su proyecto. Eso es. Sería bueno que me lo explicara.

YAMILÉ: Eh, bueno, verás: yo me informé de usted.

FRANZ: Eso he sabido.

YAMILÉ: Salió en la tele, y en el periódico, y le dicen cosas muy... así muy... Bueno, que entre los jóvenes, es lo máximo.

FRANZ: ¿Y los creyó?

YAMILÉ: No, claro. Pero pensé: tendrá su chiste. *(Se acerca.)* Hablé a ese centro donde le daban becas: allí me dieron su teléfono.

FRANZ: Y todo eso, ¿para qué?

YAMILÉ: Me acerco a una edad en que ya es adecuado contar mis memorias. Claro, luego puedo hacer un segundo tomo, con lo que venga. Pero mientras, contar lo que es mi vida... ¡Imagínese! Y usted es escritor.

FRANZ: Sí.

YAMILÉ: Tuvo esa beca muy famosa...

FRANZ: La beca "Salvador Novo".

YAMILÉ: Ésa. Y ha publicado dos libritos muy monos... Ya los leí. Son cortitos. Raritos.

FRANZ: Ajá.

YAMILÉ: Y pensé: bueno, que le convendría escribir mis memorias, un joven brillante con un best-seller entre las manos... Sería muy bueno para su carrera.

FRANZ: ¿Best-seller?

YAMILÉ: *(Va al centro.)* ¡Sería mi vida! Con tanto, tanto que he visto, con lo que me ha ocurrido, con éxitos y... algunos fracasos, quién no los tiene, pero una senda así de gloria que no todos transitan... Se ha dicho tanto de mí... Algo habrá oído.

FRANZ: Sí. Algo.

YAMILÉ: Pues yo le contaría todo. Todo. Con los detalles que quiera y... Usted lo escribe y ya. Sería... fácil, ¿no?

FRANZ: No.

YAMILÉ: ¿No?

FRANZ: No.

YAMILÉ: ¿No quiere hacerlo?

FRANZ: No sería fácil. Hablar... Hablar no tiene forma, hablar en desorden, menos. La memoria acumula, y ya. Y luego recompone... Habría que resumir, verificar, ordenar, encontrarle forma. Y dar forma es hallar el sentido, ver el conjunto, ver qué quiere decir todo.

YAMILÉ: ¿Cómo? ¿Qué, qué quiere decir? ¿Mi vida? ¿Darle forma?

FRANZ: No se cuenta una vida porque sí, sino por lo que quiere decir... Y no, la vida no tiene forma, la realidad es infinita y sin forma para todos los puntos que le busque... El arte da forma y sentido.

YAMILÉ: Vaya. *(Un silencio.)* Lupe, ¡ese café! *(A Franz.)* ¿Quiere alguna galletita, o... pastelillo?

FRANZ: Mejor eh, unos... unos huevos fritos, ¿se puede? No he desayunado. Por llegar a tiempo, no desayuné.

YAMILÉ: ¿No? Son casi las doce.

FRANZ: Ah, sí, ¿verdad? Entonces, si tuviera jamón... Poquito, para dar sabor, y... frijolitos y... Eso. Digo, pues si ya son las doce... ¿verdad?

Yamilé lo observa: de los tenis viejos a la bufanda. Pausa.

YAMILÉ: Lupe; trae también huevos fritos y jamón y frijoles. Y ese bisté que quedó de ayer. Querrá usted bisté, ¿verdad?

FRANZ: Si no es mucha molestia.

Entra Lupe.

LUPE: Aquí está el café para lechuzas rabiosas. Y lo demás se esperan, no tengo ocho brazos.

FRANZ: Lástima; con ocho brazos parecerías una diosa oriental.

LUPE: ¿Y a mí por qué me habla de tú? Vamos respetándonos.

FRANZ: Perdón.

LUPE: Eso sucede por abofetearla a una en público. La devalúan a una. *(Sale.)*

YAMILÉ: Hoy está un poco... difícil.

FRANZ: Ya me di cuenta.

YAMILÉ: *(Quedo.)* Me cuidaba la ropa, me ayudaba a vestirme. Es hijito de mi costurera y quería entrar al show. Se fue quedando conmigo. Cuando tenía dieciséis años anduvo de vedette travesti, hacía Carmen Miranda y Celia Cruz y Toña la Negra,

y otras estrellas... autóctonas. Hizo giras. En Puebla y en Guanajuato lo metieron a la cárcel, pobrecito, con toda su compañía. Y los hacían barrer las calles, vestidos de vedettes. ¡Fue candidato a reina del carnaval de Veracruz! Claro que no ganó. Y bueno... Aquí está siempre, conmigo...

Franz se tomó el café, tragó cuanta galleta había.

- FRANZ: ¿Y... cómo piensa arreglarnos para su libro?
- YAMILÉ: ¿Arreglarnos?
- FRANZ: Profesionalmente.
- YAMILÉ: Pues... Haremos sesiones de... de que yo le cuente y usted escriba. O grabe. Tendrá grabadora, ¿verdad?
- FRANZ: Sí. Pero... Es un buen tiempo el que va a llevar todo eso. Yo vivo de escribir.
- YAMILÉ: ¿Cómo? ¿Quiere decir... que le pagan?
- FRANZ: Pues sí.
- YAMILÉ: Bueno, hace usted sus libritos y los vende, ¿no?
- FRANZ: Me pagan por publicar mis libros. Me dan porcentaje por cada ejemplar que vendan.
- YAMILÉ: ¡Vaya! Bueno, sí. Así pensé más o menos. Vendemos mi libro y un porcentaje es para usted.
- FRANZ: ¿Qué porcentaje?
- YAMILÉ: Algo... justo. Un ¿veinte por ciento? ¿De lo que paguen?
- FRANZ: Señora, yo escribo, yo hago el libro, yo firmo como autor... ¡Y usted cobra! Oiga... oiga...
- YAMILÉ: ¡Es mi vida! ¡Y mi fama! ¡Mi carrera, mi nombre! Eso es lo que va a vender el libro.

- FRANZ: Pues... Escríbalo usted, ande. Y véndalo.
- YAMILÉ: Lo llamé porque no soy escritora. No que yo piense tampoco que fuera tan difícil hacer un libro, pero...
- FRANZ: Hágalo.
- YAMILÉ: Yo soy profesional en todo. Y de usted, dicen que es profesional en eso, libros y escribir... Lo llamé por eso.
- FRANZ: ¿Entonces?
- YAMILÉ: ¿Usted quiere... mitad y mitad?
- FRANZ: Mínimo. Pero mire, en el tiempo en que esté escribiendo, ¿de qué voy a vivir?
- YAMILÉ: Tiene una beca, ¿no?
- FRANZ: Un año. Ya se va a acabar. Si trabajo en lo suyo, no voy a poder ganarme la vida con artículos, críticas, cosas de la tele...
- YAMILÉ: ¿Y su familia no lo ayuda?
- FRANZ: Digamos que... funjo como huérfano.
- YAMILÉ: No pretenderá que le pague.
- FRANZ: Si pretenderé.
- YAMILÉ: ¡Es usted muy venal! ¡Un joven así, tan poco idealista! Es usted un... un... ¡pragmático! (*Se levanta.*)
- FRANZ: ¿Y usted cantaba y hacía su show gratis?
- YAMILÉ: Eh, es muy distinto. Y... nadie me paga los ensayos. Hasta el estreno. Pagar, cuando salga el libro, muy bien.
- FRANZ: Después de cuatro semanas, los ensayos se pagan, cláusula sindical. ¿A poco no la conoce?
- YAMILÉ: Ah, ¿sabe de teatro?

FRANZ: He trabajado de actor.

YAMILÉ: ¿En qué?

FRANZ: "Esperando a Godot", "Las criadas", "El montacargas"...

YAMILÉ: ¿Y en dónde han dado eso?

FRANZ: En el teatro universitario.

YAMILÉ: ¿Y ahí le pagaban los ensayos?

FRANZ: Bueno, ahí no pagaban, punto. Pero me enteré.

YAMILÉ: ¡¡Trabajó gratis!!

FRANZ: De actor. Soy escritor. Usted podrá escribir gratis... ¿Pero qué tal cobra por actuación? Yo cobro por escribir.

Un silencio.

YAMILÉ: *(Deprimida.)* Sonará lógico... pero no es convincente.

Un silencio.

FRANZ: ¿Me permite hablar? *(Toma el teléfono, marca. Espera. No hay respuesta. Cuelga, molesto.)*

YAMILÉ: Marcó su propio número.

FRANZ: Sí. Y no contesté. Se ve que no estoy.

LUPE: *(Se asoma.)* ¿Voy a traer acá la comida?

YAMILÉ: ¡No! Este joven ya me llenó todo de migajas. Come igual que los pollos, mira qué reguero. Pase a comer allá, póngase babero. Y tú, aspira esto. Anda. *(A Franz, sarcástica.)* ¿Irá a querer también que lo alimente?

FRANZ: *(Oyó la gran idea.)* Ah, muy buena idea. Es algo que podemos discutir. *(Sale.)*

YAMILÉ: ¡Vaya! Y tendrá que explicarme eso de buscar lo que quiere decir mi vida. *(Sale.)*

LUPE: Con que éste no degüella, ¿verdad?

Empieza a aspirar.

Escena II

Franz da vueltas de un lado a otro, viendo cosas. Está muy cegato, sin lentes, fastidiado. Ahora viste chamarra muy lavada y pantalones de pana muy usados. Mismos tenis. Sentado, se levanta.

FRANZ: Lupe. ¡Lupe!

Aparece Lupe, sin hablar.

FRANZ: Pensaba yo... ¿No habrá un poquito de café?

LUPE: Hecho, no hay.

FRANZ: ¿Y no va usted a hacer?

LUPE: ¿Quiere que haga?

FRANZ: Pues... sí.

LUPE: Se dice: "hágame un poco de café por favor, si fuera tan amable y si acaso hubiera café". Así se habla.

FRANZ: Hágame un poco de café, Lupe, ya que es tan amable... En caso de que quiera usted hacerlo. Porque claro que sí hay...

LUPE: Mmh. *(Sale.)*

De un portafolios, Franz saca un retrato, lo ve.

FRANZ: Lupe...

Lupe se asoma.

LUPE: ¡Apenas estoy conectando la cafetera!

FRANZ: ¿Quiere ver mi retrato en una obra?

LUPE: No especialmente.

FRANZ: Lo traje para enseñárselo.

LUPE: Pues... Puedo verlo.

Va. Lo ve. Se le caen los ojos y la quijada.

LUPE: Obra... ¿De la Universidad?

FRANZ: "Las criadas". Yo me llamaba Clara. Mi hermana y yo queríamos matar a la patrona.

LUPE: ¡Ay... pero qué vestido!

FRANZ: Sí. La Universidad le echa ganas.

LUPE: Siempre quise estudiar, qué razón tenía yo, la Universidad era mi nido. *(Suspira.)* Tu traje está di-vi-no. *(Secreteea.)* Y te ves lindísima.

FRANZ: Se supone que es ropa de la patrona.

LUPE: ¿Esa fea es la patrona?

FRANZ: Es mi hermana, Solange.

LUPE: Debía darle pena salir junto a ti.

FRANZ: Es que ella es trágica, por eso es tan fea.

LUPE: Ah, trágica. ¡Tu café! Te lo traigo en un momento. ¡Para murciélagos en brama!

Sale Lupe, con risitas. Sonrisa de triunfo secreto de Franz. Toma el teléfono, marca, espera... Rectifica, marcó mal, porque ve mal. Marca...

FRANZ: *(Tierno.)* Soy yo. ¿Qué haces? ... Te dejé dinero para que vayas al cine... No, pues eso sí... Pero si aguantas tantito, vas al cine y te llevo una torta. Veo que aquí me la inviten... Como quieras.

Mándame un beso. ... Yo te mando muchos...
¡Besos! ¿Pues que otra cosa? ... Ciao.

Parece que su interlocutora no estaba de buenas. Cuelga.

YAMILÉ: *(Entrando.)* Oí que había besos y entré corriendo... Pero era usted.

Viene muy de calle, muy felina, cargada de paquetes de compras. Elegante según su punto de vista, que no es discreto.

FRANZ: ¿Viene alguien más a repartirlos?

YAMILÉ: Qué, ¿quiere que le toquen algunos?

FRANZ: Depende quién los dé.

YAMILÉ: Qué exigente.

Quiere poner las cosas en un sillón, las tira al suelo.

YAMILÉ: ¡Hoy me pasa algo! Veo todo chueco y fuera de lugar. Así empezó Bette Davis en una película.

FRANZ: Oiga, ¿estos lentes no serán suyos?

YAMILÉ: ¡Mis lentes! ¿Qué hace usted con ellos? Ah, éstos son de usted. Con razón no veía nada. Y además, me quedaban raros y toscos...

FRANZ: Los suyos son de diablito.

Intercambian lentes.

YAMILÉ: ¿Cómo hizo para cambiarlos?

FRANZ: Yo no, sería usted.

YAMILÉ: ¿Yo ¿A qué horas? En fin... sucede a veces. Oígame: leí esa... proposición, esa pretensión en forma de contrato que me trajo usted.

FRANZ: ¿Y qué le pareció?

YAMILÉ: Me reí, mucho. Está loco.

FRANZ: Vaya, gracias. Avise si se va a poner humorística y psiquiátrica con su proyecto.

YAMILÉ: Quiero decir: ¿pretende sueldo semanal, comidas y el cincuenta por ciento de mi libro? ¿Pero qué abuso! ¿Qué se ha creído? ¿No soy una beca con patas! Soy una artista que se ha retirado algunos años...

FRANZ: Bastantes.

YAMILÉ: ¡Los que sea! ¿De dónde cree que voy a sacar dinero para mantenerlo?

FRANZ: Oiga: no me llamó de su padrote, ¿cuál mantenerme? Me ha pedido un trabajo profesional, le digo el precio. No le parece, pues, ¡ciao, bambina! Y no hay fijón.

YAMILÉ: ¿Trabajo? ¡Privilegio! ¡Escribir mi vida! ¿Cuántos cree que se pelearían por esa oportunidad?

FRANZ: No sé. Si son muchos, llámelos.

YAMILÉ: *(Lee.)* Setenta pesos por sesión de trabajo, tres sesiones a la semana; doscientos diez pesos pagaderos los viernes; una comida completa al final de cada sesión, ¡con vino! ¡Hasta vino quiere!

FRANZ: Lo del vino, podemos discutirlo. Confío en la elegancia de usted.

YAMILÉ: ¿Y la suya dónde está? Le pide a una dama que lo mantenga, eso hace.

FRANZ: Le pido a una patrona un contrato de trabajo.

YAMILÉ: ¡Qué barbaridad! ¡Y el cincuenta por ciento de mi libro! ¡Además! *(Cruza.)*

FRANZ: Muy bien: lo que gasta en el proceso de trabajo, podríamos descontarlo de las regalías.

YAMILÉ: ¿Qué regalías?

FRANZ: Lo que nos deje el libro, los derechos, así se llama.

YAMILÉ: Y... y... ¡yo no le doy el cincuenta por ciento!

FRANZ: El cuarenta por ciento sin descontar el sueldo y los alimentos.

YAMILÉ: ¡Yo no le voy a pagar más que a Lupe!

FRANZ: Que Lupe le escriba su libro.

YAMILÉ: Tal vez podría. ¿Eh? Tal vez. ¡Usted no entiende! ¡Se trata de mi vida!

FRANZ: Mire, señora; todas las vidas humanas, todas, cada una, son apasionantes si las vemos de cerca y si sabemos contar lo que esencialmente son. Todas las vidas son extraordinarias, todas son un milagro. La de usted, tal vez sea más... amena, o más movida, pero hasta eso depende de quién la cuenta. Empleaditos sometidos, madres de familia que se aburren, estudiantes hambrientos, rancheros matones, ¡de eso salen las grandes novelas! Y muy pocos se ocupan de... las estrellas del show. Muy pocos. Los escritores piensan que es más interesante la gente común.

YAMILÉ: ¡Pues por eso nadie los lee! ¡Nadie! Todos quieren leer cosas tremendas, cosas radiantes, vidas desmesuradas que les hagan vibrar y sentir lo que podría ser la suya... Si acaso fueran estrellas. Eso, el triunfo, los viajes, los aplausos, ¡eso es lo que debe contarse y eso le doy la oportunidad de escribir! ¿Qué me dice?

FRANZ: Cincuenta pesos. Y el vino lo pongo yo.

Un silencio.

YAMILÉ: Y el cuarenta por ciento.

FRANZ: Cuarenta por ciento si usted pone el vino.

YAMILÉ: Treinta por ciento. Vinos nacionales.

FRANZ: Treinta y cinco por ciento. Vinos chilenos y de Baja California.

YAMILÉ: Tres sesiones a la semana. Lunes, miércoles y viernes.

FRANZ: Once de la mañana. Usted compra las cintas. De noventa minutos.

YAMILÉ: ¿Y qué día comenzamos?

FRANZ: *(Anotando.)* El lunes. *(Le tiende otro papel.)* Y de aquí a entonces, repase por favor estas preguntas, para ir concentrándonos. Voy a modificar el contrato conforme a nuestros acuerdos.

Ella lee. Entra Lupe.

LUPE: Ya estaba listo el café, pero discutían tanto... No quise interrumpir. A ver si no se enfrió.

FRANZ: ¡Ah! Rico café, gracias, Lupe.

LUPE: De nada, Clarita. *(Risita, sale.)*

Yamilé ha estado leyendo con alguna alarma.

YAMILÉ: Pero... es ¡Como cuestionario de la embajada gringa!

FRANZ: ¿De qué otro modo voy a saber todo?

YAMILÉ: ¿Qué quiere decir con *todo*?

FRANZ: Todo, ¿no?

YAMILÉ: Ay... *(Sonríe.)* Bueno, pues... ¡Todo! Lupe, traenos vino para brindar. Estamos haciendo un pacto histórico.

FRANZ: En más de un sentido: su historia está en la historia, un trozo de México visto a través de usted...

YAMILÉ: Ay, ¿de veras? ¿Va a verse? ¿Eso?

FRANZ: Trataremos. Es como debe verse cualquier vida.

Lupe trae copas para brindar los tres, y trae la botella... Brindan.

YAMILÉ: ¡Por nuestro libro!

FRANZ: Porque salga. Nuestro libro.

YAMILÉ: Saldrá. Va a ser un libro... ¡Asombroso!

FRANZ: *(Pensándolo.)* Mh... Sí. Eso puede ser.

Beben.

Escena III

En una mesita, una flamante y cara grabadora. Que Lupe conecta y luego prueba.

LUPE: Probando, probando... 1, 2, 3, 4...

La opera, la grabadora repite. Él graba y canta:

LUPE: Una noche cualquiera
volveré a aquel lugar
donde tanto soñamos,
a la orilla del mar.

Una noche cualquiera... Etcétera.

Está imitando a alguien, ya veremos después el original. Entra Yamilé en bata, otra de su colección.

YAMILÉ: Basta. No me gastes cinta en atrocidades.

LUPE: Puede borrarse.

YAMILÉ: Se borrará. A ver si aquí sí sabe grabar ese estúpido.

LUPE: Por eso la probaba.

YAMILÉ: *(Como si dialogara con Franz.)* Y bien, aquí me tiene, pregunte.

—¿Por qué princesa? ¿Hay alguna razón especial para el título?

—*(Modesta.)* Bueno, ¿quiere la verdad, de veras la verdad? Soy princesa. ¡Lituana! Me casé con un príncipe lituano, por la iglesia, lo cual es indisoluble. Entonces, ¡soy princesa Sisakia! ¿Sabe dónde queda Lituania?

¡Y le suelto la historia del lituano de mierda, y cómo chupaba droga mientras yo me mataba ganando dinero... ¡Todo! Hasta cuando fue a meterse a tu cama, y los gritos que diste.

LUPE: ¡Casi me mata de la impresión!

YAMILÉ: Él, muy mono, tomaba notas y grababa. ¡Dos horas! ¡Dos! Yo hablaba como tarada frente a un aparato idiota que lo retrocedimos ¡y había grabado "El derecho de nacer"!

LUPE: ¡Imposible! Ni que fuera la máquina del tiempo.

YAMILÉ: Están volviendo a pasarla. Esa porquería de grabadora no sirve. O él no sirve, no sabe manejarla. ¡Y se atrevió a cobrarme el día! Tu ídolo, Franz. No tiene pudor alguno. ¿Dónde está el recibo del teléfono? *(Lupe lo halla y se lo tiende.)* Quiero ver si no aparece alguna larga distancia...

LUPE: ¿De él?

YAMILÉ: Llega y se pone a hablar... ¡Y él tiene teléfono! *(Revisa el recibo.)* Bueno. Eso no ha hecho.

LUPE: Ay. Qué feo piensa de él.

YAMILÉ: Es... No sé: encajosito o mimado, o... algo.

LUPE: Yo lo veo buen chico.

YAMILÉ: El Chacal de Tacubaya te parecería buen chico. Éste es como... pandillero, conecte... O de eso se disfrazaba... ¿Pues con quién se junta, qué hace cuando no está aquí, dónde pasa las noches, qué le gusta para...? En fin, ¿con quién vive?

LUPE: ¡¿Todo eso quiere averiguar?! Ay.

YAMILÉ: ¿Y tú no?

LUPE: Pues, bueno, sí. Es bueno saber quién es quién. Total, ¿si alguien lo vigilara dos o tres días?

YAMILÉ: ¿Y quién va a vigilarlo?

LUPE: Hay agencias...

YAMILÉ: ¡Eso que dices es una porquería y yo no la hago! Aunque me muera de curiosidad.

LUPE: Yo lo decía por usted, a mí ni me importa.

YAMILÉ: Sí... por mí. Está tocando. Ábrele.

Va Lupe, entra Franz.

FRANZ: ¡Traigo la pipa de la paz!

YAMILÉ: ¿Así se llama esa botella?

FRANZ: Se chupa como una pipa, slurp. Finísimo vino para borrar las ofensas de mi pobre grabadora. Ya la revisé, ya va a portarse bien. Es que le apreté un botón raro que tiene...

YAMILÉ: Tírela, bótela, quémela, rómpala. Ya compré una buena, ¿ve? Y voy a manejarla yo.

FRANZ: ¿Usted?

YAMILÉ: Sí. Nada de chistes como fingir que la apaga y luego dejarme hablar insensateces y grabarlas. ¡Nada de eso!

FRANZ: Bueno, yo no hago eso. Para nada. *(Pausa.)* No se me había ocurrido.

YAMILÉ: Ja-ja. Y aunque quisiera.

FRANZ: Pero no va a contar mentiras, ni a callarse la mitad. Vamos en serio. Yo voy en serio.

YAMILÉ: A fondo y en la cumbre.

FRANZ: ¿De veras?

YAMILÉ: De veras.

FRANZ: Conste. Venga mano. Es... un pacto.

YAMILÉ: ¡Una promesa!

Se dan las manos en veinte maneras cabalísticas y rituales.

LUPE: A ver qué novela graban hoy, después de tanto juramento. *(Sale.)*

FRANZ: Entonces, deje decirle: uno: las fantasías. Sí, son parte de nuestra vida, pero... Hay un modo de incorporarlas y distinguirlas, y... En fin, si va a haber fantasías en el libro, quiero que partan de los *hechos*.

YAMILÉ: Eso he estado contándole: hechos.

FRANZ: ¿Por qué me sale entonces con que ese albañil drogadicto, Erkki Sísak, es un príncipe?

YAMILÉ: ¿Qué?

FRANZ: Tengo un amigo en Inmigración; me dejó ver el expediente. ¿O cree que no hago mi tarea? Albañil lituano, se cuela a Estados Unidos como dizque disidente, entra acá como turista y usted de boba se casa con él, le arregla sus papeles, ¡le

cree todo! Y le consigue chambas de arquitecto con sus amigos de la política y él le mete mano a una escuela ¡y la derrumba! Un escándalo.

YAMILÉ: Era una escuela muy vieja.

FRANZ: Sí, del siglo XVII. Ese pendejo tiró todos los puntos de sustentación del edificio. Drogadicto, estafador, acumuló como diez delitos y en vez de deportarlo le regalaron un penthouse de interés social, porque se ligó a un funcionario del Instituto de la Vivienda. ¿Cuál príncipe?

YAMILÉ: Sí. *(Un silencio.)* Un reptil güerejo con los ojos oblícuos... Como los de un ángel oriental. Dorado, extraño...

FRANZ: Un bizco medio radiografía con cara de archivo policiaco. Naco bizantino, vi su foto. Y a usted le entró con él la calentura del siglo.

YAMILÉ: ¡Pues sí, pues sí! ¿Y qué? ¿Y qué y qué? Valió la pena.

FRANZ: ¡Pero no era príncipe! Era un pinche albañil que tiró un edificio histórico y se largó con un amigo de usted.

YAMILÉ: ¡Cállese, lárguese! ¡No le pago para joderme mis recuerdos!

FRANZ: ¡De eso estoy hablando! ¡Una fantasía no es un recuerdo! ¡No es! Una fantasía es una sustitución de la realidad con boberas compensatorias. No, no era príncipe, ni para usted.

YAMILÉ: Para mí... *(Un silencio.)* Para mí es una parte de mi vida que... *(Un silencio.)* Era horrible, pero... Sí era un príncipe.

FRANZ: Eso es llegar a alguna parte. Conste. Otro detallito: ¿A qué horas pudo cantarle *La vie en rose* a De Gaulle?

YAMILÉ: ¿Cómo que a qué horas?

FRANZ: Va él entre la multitud que lo arrastró, lo arrebató. Los estudiantes se apoderaron de De Gaulle, y en la explanada, rumbo al Aula Magna, ¿le dieron chance de cantar *La vie en rose*?

YAMILÉ: ... No toda. Eh, un pedacito.

FRANZ: ¿De qué tamaño?

YAMILÉ: De —pues— un pedacito chico.

FRANZ: ¿Cuál?

YAMILÉ: Je, “la lara lara la la”!

FRANZ: Je. Eso sí es lo que cantó.

YAMILÉ: Bueno, sí, ¡pero se lo canté a De Gaulle, ¡y hasta me oyó! Y todos me siguieron.

FRANZ: Desafinó y la gente creyó que cantaba la Marsellesa.

YAMILÉ: ¡¡Yo nunca desafino!! Casi nunca. Esa vez, no.

FRANZ: Le saltó encima a De Gaulle, se le colgó y ¡flash! Un segundo.

YAMILÉ: Y él me abrazó. Eternamente, ahí está la foto, ahí está el abrazo. Eternamente.

FRANZ: Eso, cuando menos... Es verdad. En la foto. Para siempre. Lupe, destapa la botella, ¿no?

YAMILÉ: Grítele, está en la cocina.

FRANZ: Está aquí nomás espiondo, veo la oreja.

LUPE: (*Entra, enojado.*) No espío nada, iba yo a entrar.

YAMILÉ: A veces espía, pero discretamente. Ah, traes el sacacorcho.

LUPE: Se me ocurrió.

FRANZ: Y podemos prender la chimenea, para estar más íntimos.

YAMILÉ: No está bien el tiro, regresa el humo.

FRANZ: Bueno, hoy iba a contarme de sus padres, de su infancia...

YAMILÉ: Ay, infancia... Había una carpa y yo la oía desde fuera, y la veía al pasar. La espiaba yo, por las rendijas. Veía luces, oía voces, cantando los boleros, y la orquestita, la música, se revolvían con el ruido del mar; olas tronando, carvernosas y locas, y esas rumbas, y esas congas... Como la espumísima del mar... Leí entonces el anuncio maravilloso: “Cada jueves, noche de aficionados, con premio”. Yo ya sabía coser un poco, pese a mi edad, ¿ocho, nueve años? ... Y me hice un vestidito de rumbera, con su colita llena de escarolas, y de muchos colores, muchos porque era de retazos. Muy indecente...

¿Está usted grabando? ¡No ha prendido la grabadora, estúpido! Perdón, quise decir tontito lindo, sí la prendió...

Muy indecente, ombliguito al aire, ¡brassiere! No tenía nada aún, me puse unas pelotitas de pinpon. Y así... ¡me presenté! (*Lupe pone a sonar una conga Para Vigo, me voy. Les sirve copas.*) Luces y un público grosero, agresivo, que se reía de mi falta de... méritos; creían ellos que unas masas enormes de gelatina grasienta, moviéndose como... fango, creían que eso era sensualidad. Yo... me les paré enfrente y empecé a moverme

quedito, y luego más, movía yo esto y esto, muy suavemente, y manejaba ojos, manos, lengua... (Bebe.) Como un molinito de chocolate...

Y se fue haciendo el silencio. Y yo bailaba por todo el foro, lo llenaba con la cola de mi vestido, levantando nubes de polvo en los rincones... Me da ternura pensarme, flaquita, pequeñita, con mis flores de papel en la cabeza —me las tomé prestadas del altar de la Virgen—, mis pelotitas de pin-pon y moviéndome así como flamita, calentando los corazones y... otras cositas de mi público, que me empezó a gritar de todo, ¡las primeras, las primeras leperadas de mi vida, groserías horribles! ¡Qué triunfo! Y tenía sólo... ocho o nueve años.

Me dieron un contrato. Empezaba mi vida vagabunda, profesional. Me llamaba yo entonces "La pequeña Yamilé", y "Un milagro de fuego" era el subtítulo.

FRANZ: ¿Y sus padres?

YAMILÉ: Bueno, mamá lloró, pero aceptó. Papá... fue más severo. Más vigilante. Pero aceptó, por mi futuro. Los dos, los dos veían venir mi fama...

FRANZ: Quiero decir, ¿cómo se llamaron, en qué pueblo? Todo eso es muy vago.

YAMILÉ: Pensé que quería un libro, no un cuestionario para el censo.

FRANZ: Un libro contiene siempre cuestionarios así, aunque no se digan. ¿Qué pueblo era? ¿Chacaltianguis, Chiconcuac o Chicontepec?

YAMILÉ: No sea vulgar.

FRANZ: Habló de olas.

YAMILÉ: Empiece diciendo: "En un lugar manchado y sucio de cuyo nombre no quiero y no quiero acordarme".

FRANZ: Hay otro libro que empieza más o menos así...

YAMILÉ: ¡Ya lo sé! ¿Crees que soy tan bruta? *La divina comedia*, se estudia en secundaria. ¡Estudí! En las mañanas, la empresa me mandaba a la escuela.

FRANZ: ¡Su pueblo, sus padres!

YAMILÉ: Había el mar. Las luces de la carpa se reflejaban en las olas. Bástele con eso. Las bancas estaban en la arena. El público orinaba en la arena, como los gatos, afuerita de la carpa. Y la noche olía a mar, a pescado, a sudor y a estrellas.

FRANZ: Sí, las estrellas huelen muchísimo. ¿Y ustedes se apellidaban cómo?

YAMILÉ: No me pregunte insignificancias.

FRANZ: La carpa... Tendría un nombre.

YAMILÉ: "Teatro Carpa Pigalle". Lo veo aún, en focos de colores, parpadeando. Y abajo, "Espectáculo para toda la familia". "Niños, mitad de precio". Y yo, niña... ¡cobraba lo doble!

LUPE: (Bebe.) ¿Guardamos vino para la comida?

FRANZ: Sírvelo todo. En la comida tenemos el que me da el contrato. Y ya ven que les convido.

Camina viendo cosas, toca el gato japonés...

YAMILÉ: Lo traje de mi gira al Japón. Y cascadas de seda y de perlas. ¡Qué problema en la aduana! Pero eso se lo cuento otro día. (Apaga la grabadora.) Estoy contenta. Esto, dejar así pedazos de mi vida, me da... ¡No sé! ¡Ñáñaras! Ñáñaras bonitas.

FRANZ: Debía darle media ñaña. Se ha callado la mitad de todo. Y no fue eso lo que pactamos, ¿eh? Quedamos en que no habría omisiones.

YAMILÉ: Es que... no sé lo que quiere decir "omisiones".

FRANZ: *(Grita.)* ¡Mañana le traigo un diccionario de regalo, carajo! ¡Para cuando haga pactos y juramentos!

YAMILÉ: Ay, qué groseros gritos son esos.

FRANZ: Olvídelos. Precioso Lupe, ¿qué nos tiene de comer?

LUPE: Pastel azteca, pollo en naranja con chipotle y flan.

FRANZ: ¡Guauuu! ¡Guauuu plus!

YAMILÉ: Mientras ladran, voy a cambiarme. Esta bata es para trabajar. Me pondré algo más formal. En honor de quien no lo merece.

FRANZ: Se va a vestir para sí misma.

YAMILÉ: Eso es. Digo... ¿Qué me quiso decir? A veces creo... Ay, ¡no sé qué pensar de usted! No sé.

FRANZ: A mano. Yo... todavía no sé... que pensar... de usted.

YAMILÉ: ¡Ay! ¡Somos dos misterios! Eso, es delicioso. *(Sale.)*

LUPE: *(Secreteando.)* Hay vino chileno. Le dije que se había acabado el de aquí.

FRANZ: *(Igual.)* Super. Y voy a darte lista de los vinos de aquí que sí aguantan. ¿Te gusta Vivian Leigh?

LUPE: ¡Scarlet O'Hara! ¡Es mi ídolo!

FRANZ: No la has visto de Ana Karenina.

LUPE: No. ¡Eso lo hizo Greta!

FRANZ: Vivian está mejor que Greta. Te invito, es un ciclo retrospectivo, en la Universidad.

LUPE: ¿Me invitas? ¿De veras? No tendrás nadie más con quien ir.

FRANZ: Sí tengo. No vivo solo ni soy monje, tengo pareja. Pero estoy invitándote.

LUPE: ¿A qué horas? ¡No me importa! Yo voy. Vivian Leigh en la Universidad... *(Suspira.)* ¡Siempre quise estudiar!

Escena IV

Dos semanas después.

Yamilé desayuna, Lupe le sirve.

YAMILÉ: Ese romance anda muy mal.

LUPE: ¿Cuál romance?

YAMILÉ: Con tu novio. Te platica, te invita al cine... Y desaparece dos semanas. Qué cosa.

LUPE: Es *su* empleado. No es mi novio. Yo no le regalé tenis nuevos ni playera, fue usted.

YAMILÉ: Ay, es que daba lástima. Pero tú le zurciste los jeans, y estuvo en calzones, muy contento en la cocina, mientras remendabas y parchabas...

LUPE: ¡Daba lástima! Y enseñaba todo. Esos pantalones, rasgados dizque de intento... ¡Mentiras! Se desbaratan de viejos. Les puse parches de terciopelo y de gamuza. ¡Qué efecto! Y con su playera que le compró...

YAMILÉ: Estaban en barata. *(Toma café, piensa.)* ¿No es como raro que sea dueño de ese departamento en que vive?

LUPE: *(Está haciendo pucheros.)* ¿Por qué me dice... que es mi novio.

YAMILÉ: ¡Lupe! ¡No te trastornes!

LUPE: Es que... Tanto tiempo llevo sin que nadie... alguien que me haga caso... que me trate como... ¡Como persona! Yo he pensado que es mi amigo, pero usted, ¡usted! *(Le grita.)* ¡Usted es una puerca que nada más piensa en eso! Franz ha sido fino y ha sido... *(Calla.)*

YAMILÉ: Y por eso te hace llorar.

LUPE: ¡Me hace llorar usted!

YAMILÉ: Y no me digas puerca, es una falta de respeto. No sé qué pensar de este muchacho. Se pasa la mañana en la biblioteca, viendo periódicos viejos... Idiota no es. Y creo... que no es malo. No sé. Nunca sé, la verdad, quién es malo ni bueno. Tal vez no haya nadie malo, ni bueno... ¡Pasa que a esta casa no venía nadie! Bueno, sí, gente de mi época, para hablar recuerdos y perradas, y más recuerdos y... y... Este muchacho... ¡Lleva dos semanas sin aparecer!

LUPE: *(Fuera.)* Avisó que se iba. Eso hizo. Avisó, muy correctamente. A usted y a mí.

YAMILÉ: Sí, sí, sí. Y no me digas una perfección más de ese pendejo Franz, ay, sí, Franz. ¡Pancho, Paco, Chito, Francisco! Eso, ¿de dónde Franz? A ver, dime, ¿de dónde Franz?

LUPE: *(Se asoma.)* Es su empleado, no el mío. Usted pregúntele. ¡Y no me vuelva a decir que es mi novio! ¡Usted me mete ideas, me manipula! Usted sólo piensa en *camas*... Hasta con él se le habrá ocurrido... ¡Yo no soy así!

YAMILÉ: Vaya, la casta Susana. Yo no pienso sólo en eso: si se ocurren cosas, ¡a todo mundo se le ocurren! El chiste está en no hacer todo lo que imaginas...

LUPE: Dudo que usted se haya quedado sin hacer algo. *(Sale.)*

YAMILÉ: Lupe: estás muy grosero y muy trastornado. Si sigues así... voy a correr a ese muchacho, ¿lo oyes?, voy a correrlo para que se acabe esta tontería de historia que estamos —que *estás*— inventando. *(Suena el teléfono.)* Llaman. Contesta.

LUPE: *(Fuera.)* No puedo. Estoy llorando.

YAMILÉ: Carajo. Bueno... ¡Franz! ¿Qué milagro? ¿Reaparece usted? En este momento lo nombrábamos. —Sí, aquí estoy—. Sí, dispuesta a trabajar. —Sí, puede venir. ¡Claro que hay comida! Frijoles de ayer, arroz y bisté recalentado.

LUPE: *(Se asoma.)* ¡No es cierto! ¡Voy a hacer pechugas rellenas de huitlacoche! *(Desaparece.)*

YAMILÉ: Venga, claro. ¿Dónde está? —Ah, ¿entonces para qué habla? Llegar y tocar y ya. —Ah, el portero del edificio...
—Sí, se emborracha a veces y no abre. —Sí, no sirve el timbre.
—Muy bien, Lupe bajará a abrirle. Ciao... *(Cuelga.)* Bueno, resucitó.

LUPE: Se lo dije. *(Va a salir.)*

YAMILÉ: ¿Adónde corres?

LUPE: ¡A abrirle!

YAMILÉ: ¡Déjalo que espere! ¡Diez minutos!

LUPE: ¡¡Ya parece!! *(Sale corriendo.)*

YAMILÉ: Ay, cuánto trastorno. Y ni siquiera sé de qué clase.

Pone un disco y sale. Entra Franz, luego Lupe.

LUPE: ¡Traes un color precioso!

FRANZ: Ten. Un regalito.

Le da un chaleco guatemalteco. Él trae camisa del mismo origen, y los jeans restaurados.

LUPE: ¡Franz! *(Se lo pone, se ve en el espejo.)* Francito, está divis. ¿Cómo le diste a mi medida?

FRANZ: Tengo buen ojo.

LUPE: Fuiste a Oaxaca.

FRANZ: Más lejos.

LUPE: ¿A... Chiapas?

FRANZ: Tantito más lejos.

LUPE: A... ¡Ah! ... Ah. ¿A...?

FRANZ: Allá.

LUPE: *(Aspira exclamación.)* No vayas a soltarle que yo te dije nada. *(Se tapa la boca.)*

FRANZ: Claro que no. *(Seña de cállate.)* Camina, modéla-lo. Te queda muy bien.

Entra Yamilé, muy arreglada.

YAMILÉ: Vaya, el desaparecido. Ya lo creía difunto.

FRANZ: Y yo creía que la boca se le hacía chicharrón.

YAMILÉ: Y hasta trajo un regalito a su amigo.

FRANZ: A mi amiga también. Tenga. *(Una bolsa.)*

YAMILÉ: ¿Cómo? ¿Para mí? ¿Regalo? Ay, gracias. Se molestó y... se acordó de mí... ¿Se vale verlo?

FRANZ: Claro. Véalo.

Ilusionada, ella abre la bolsa: se queda muy sorprendida de lo que ve. Lo saca: unas prendas cochambrosas de Franz, playeras, calcetines, calzoncillos...

YAMILÉ: ¿Qué es esto?

FRANZ: ¡Perdón! *(Le arrebató todo.)* ¡Cómo va a ser! Perdón. Es mi ropa sucia. Entonces... ¡Dejé su regalo a lavar! Pasé a la lavandería y lo dejé. Qué barbaridad. Lo van a echar a perder. ¡Voy corriendo!

LUPE: Deja, ¿traes el recibo? Voy yo.

FRANZ: ¿De veras? Ten, explícales. Ya me pasó otra vez; dejé unos libros a lavar y me llevé la ropa a la biblioteca. Como uso bolsas así...

Le da el papel.

LUPE: Esto es una boleta de empeño.

FRANZ: Trae, no es eso. A ver. Esto sí. Ahí está la dirección.

LUPE: No me tardo. Trabajen mientras. *(Sale.)*

YAMILÉ: ¿Boleta de empeño? *(Se la quita.)* ¡Máquina de escribir! ¿Y en qué piensa hacer mi libro?

FRANZ: Voy a la máquina de un amigo que es muy buena, con pantallita y todo, como tele.

YAMILÉ: Me hace favor de sacar esa máquina del empeño inmediatamente. ¿Y sabe? Ya quiero ver algo, algunas hojas, algo. Llevamos dos meses, casi tres trabajando... Sin contar sus vacaciones en la playa. Mire de qué color viene.

FRANZ: Y era playa nudista. Me quemé todo, parejito.

YAMILÉ: No pretenderá mostrarme.

FRANZ: Claro que no, ni sueño.

YAMILÉ: ¿Sueño? Pesadilla sería. A ver, Panchito, siéntese. He repasado mi entrada al cine, para contársela.

FRANZ: No me diga Panchito.

YAMILÉ: Paco, pues. ¿O mejor... Chito?

FRANZ: Sígale y le voy a decir Engracia.

YAMILÉ: *(Se hiela. Un silencio en que lo observa.)* ¿Me va a decir cómo?

FRANZ: Graciela.

YAMILÉ: No dijo eso.

FRANZ: Eso dije.

Ella lo observa.

FRANZ: Francisco Martínez es un nombre muy sin chiste para escritor. Franz Martínez ya es otra cosa, ¿no? Y me puse así por Schubert y por Liszt. En un libro, se lee bien: Franz Martínez.

YAMILÉ: No dijo usted Graciela.

FRANZ: *(Echa a andar la grabadora.)* A ver, ya le expliqué Franz, explíqueme Yamilé.

YAMILÉ: *(Grita.)* ¡Es mi nombre! ¡Nunca he tenido otro!

FRANZ: ¿Fue idea de su mamá? ¿De su papá?

YAMILÉ: Fue idea mía. En el vientre de mi madre se me ocurrió y se lo dije al salir. ¡Ya no me distraiga! Apunte. Grabe. Empezó mi carrera de cine en La Habana. Estaba de vedette y del Alhambra había yo pasado al Tropicana... —Todo lo de Cuba se lo debo contar aparte, pero esto es el cine, mi comienzo. Para esa película ya habían contratado

una rumbera muy famosa, Muñeca Criolla, con todo enorme, de acá y de acá no se diga, la licuadora humana le decían y... ¡que se les enferma! *(Risita.)* Pobre... Y no sabían qué hacer. Debía empezar la filmación y no había estrella. ¡Película mexicana y de buen director, fotografía de Figueroa! Fue la primera vez que me retrató, le encanté y claro que él sí supo, porque me hicieron pruebas, y yo, jamás he sido enorme de nada, gelatinosa menos, ni... Yo... Soy otra cosa. Gaby sí supo en seguida captarme, todo mi fuego... Pero además, ¡resulté una revelación dramática! Había una escena en que me arrebatában a mi hijo y yo gritaba, peleaba como leona, pataleaba yo, arañaba, casi le saco un ojo a uno de los actores.

FRANZ: Casi me saca un ojo a mí.

YAMILÉ: En fin... *Conga de sangre* fue mi entrada a las pantallas del mundo.

FRANZ: Decían que usted era cubana.

YAMILÉ: Decían. Publicidad.

FRANZ: ¿Y de dónde es?

YAMILÉ: *(Lo observa. Pausa.)* Tengo mi pasaporte mexicano. Y una enorme acta de nacimiento que me declara nacida en este hediondo Distrito Federal que nos está asfixiando a todos.

FRANZ: Usted dijo... una cosa, una playa...

YAMILÉ: Dije, ¿y qué? Allá nos fuimos. ¿Quiere ver mi pasaporte?

FRANZ: No, pero... Usted dijo...

YAMILÉ: ¿Qué le ha estado contando Lupe?

FRANZ: ¿De qué? ¡Ah! ¿Lupe tiene cosas que contar?

YAMILÉ: Mire, si va a exprimir a Lupe para ver qué chisme le saca, va a conseguir que lo despida, ¿eh? Puedo correr a Lupe y a patadas si se ofrece. ¡Puedo vivir sin nadie!

FRANZ: Por favor, no me hacen falta chismes. Hay hemeroteca, ¿eh? Y hay archivos del sindicato de actores. Y ahí están los recibos de las carpas, y las rutas que hicieron. Con sus fechas. Ahí están los recibos de la Carpa Teatro Pigalle. Ahí están.

YAMILÉ: Nunca he sabido que ese archivo exista.

FRANZ: Pues vaya a consultarlo cuando quiera. Se puede.

Ella se sienta, dubitativa.

YAMILÉ: Anda escarbando archivos... Olisqueando...

Entra Lupe con una bolsa entre las manos.

LUPE: ¡Todavía no lo lavaban! Y ya les dejé la ropa, ten, tu recibo. Tenga, su regalo.

YAMILÉ: ¡Mi regalo! *(Lo abre.)* Esto...

FRANZ: Un mantelito, con sus servilletas.

YAMILÉ: Esto es guatemalteco.

LUPE: *(Casi demudado.)* Está precioso. ¿Lo estrenamos? Lo pongo en la mesa.

Se lo quita y sale con él.

FRANZ: ¿Le gustó?

Ella se queda observándolo, muy intensamente.

LUPE: *(Fuera.)* Se ve divis. Vengan, voy a destapar el vino.

YAMILÉ: ¿Por qué me trae ese regalo?

FRANZ: ¿No le gustó? ¿Nunca le regalan? Se dice gracias y ya.

YAMILÉ: Mh... Gracias... Tal vez.

Franz toma del brazo a Yamilé. Salen pero él se regresa.

FRANZ: Eh... Traje... otro regalo: unas botellas, dos botellitas deliciosas. ¡Champaña! Bueno, champaña alemana, para brindar por mi regreso.

Las toma, pero pone la grabadora bajo la mesa. Sale.

Escena V

Más tarde. Vienen del comedor Yamilé y Franz, copas de coñac en las manos. Él, en cuanto puede, enciende furtivamente la grabadora.

FRANZ: Esas pechugas... estaban de poca.

YAMILÉ: ¿Pechugas? ¿De poca? ¿Habla de mí? *(Se arregla.)*

FRANZ: Querida, sus pechugas no están rellenas de huitlacoche.

YAMILÉ: ¿Cómo sabe de qué están rellenas?

FRANZ: De pelotas de pin-pon, usted me lo confesó.

YAMILÉ: Querido, ahora serían de básquet-bol, pero eso era cuando yo tenía ocho años. Desde los quince, se rellenan solas. Es un loco: viaja a la playa, trae champaña y regalos... ¡Y empeña su máquina de escribir!

FRANZ: ¡Para poder ir a la playa y traer regalos!

YAMILÉ: Mañana la saca Lupe: no va a estar sin máquina de escribir.

FRANZ: Cuando salga el libro, beberemos champaña francesa. Mientras, confórmese; la alemana es barata y es muy rica.

YAMILÉ: Nadie está quejándose.

FRANZ: La conozco. Pero hablábamos de regalos y de... sus... digamos, admiradores.

YAMILÉ: Usted me hablaba de regalos. Sí, los he recibido, pero siempre valiosos, y muy valiosos a veces. A eso no lo pueden llamar putería.

FRANZ: Usted sola le dice así.

YAMILÉ: Lo conozco, niño, ya lo voy conociendo. Este departamento, fue regalo de alguien. Y por-pura-amistad. ¿Eh? Nada de nada. Amigos.

FRANZ: Sí. Ese alguien se exhibía con usted y hacían creer que vivían juntos... Porque él era subsecretario y vivía con su chofer. Ahora ya es ministro.

YAMILÉ: ¿Quién le contó eso?

FRANZ: Todo mundo lo sabe. A usted la cubrió de joyas...

YAMILÉ: ¡No me cubrió! Me dio unas pocas... bonitas.

FRANZ: Pagaba todo con el presupuesto nacional.

YAMILÉ: Pues sí; no querría que gastara en mí sus ahorros. En una relación... tierna, es lo normal, recibir lindas cosas. Ya ve, me trajo usted un mantel. ¿No le da obsequios a su compañerita?

FRANZ: Cuando puedo, claro.

YAMILÉ: Y eso no la vuelve puta, ¿verdad?

FRANZ: Claro-que-no.

YAMILÉ: Ah, ya ve. Beatriz es pura y limpia, aunque reciba cosas. ¿Yo por qué no?

FRANZ: ¡Yo no he dicho nada!

YAMILÉ: Pero sospecha y me pregunta cositas raras, como de... policía.

FRANZ: Hicimos un pacto. Jurado.

YAMILÉ: ¿Qué le parecería que yo le pusiera un detective a investigarlo? ¿Eh? Eso no le iba a gustar.

Un silencio. Él la observa, y en este momento ha entendido algo...

FRANZ: Ya lo puso.

YAMILÉ: ¡Cómo cree!

FRANZ: ¿Quién le dijo que mi chamaca se llama Beatriz?

YAMILÉ: Usted. O Lupe.

FRANZ: Nunca la hemos nombrado. Nunca hablamos de mí.

YAMILÉ: Ah, ¿verdad? Y de mí sí hablamos todo.

FRANZ: ¡Es su vida la que vamos a escribir, carajo, no la mía! No es concurso de intimididades, es una biografía.

YAMILÉ: No me grite ni me carajee.

FRANZ: Tampoco es concurso de mentiras. Pregúnteme lo que quiera saber de mí, más barato que pagar perros. Yo no ando escondiendo ni inventando.

YAMILÉ: Yo-no-invento. Si acaso... adorno tantito. ¡Tantito! Y ya le dije que no me grite.

FRANZ: ¿Cómo chingaos se atreve a ponerme detectives? ¡Claro, una loca viejona que me ha seguido varios días...! Y yo creía que era conquista. ¡Su detective! Qué poca madre. Usted es medio puerquita.

YAMILÉ: No se atreva a decirme nombres feos... que yo sé decir muchos. Mejor dígame: ¿qué fue a hacer a Retalhuleu? Dígame ya.

FRANZ: A Champerico. A saber lo que me ocultan. A informarme para un libro que por pendejo he tomado más en serio que usted.

YAMILÉ: ¡Y del que no he visto una página! Quiero verlas ya. Para eso le pago.

FRANZ: ¡Chingada madre, mañana le traigo un cerro de hojas, a ver si de veras sabe leer! No van a ser un cómic.

YAMILÉ: ¡Pendejo! ¿De qué chingada madre está hablando? ¿De la suya?

FRANZ: Pues fui a Retalhuleu y a Champerico... Y conocí... ¡A la de usted!

Un silencio largo. Ella se empequeñece. Se sienta. Al fin alza la cara.

YAMILÉ: ¿No se ha muerto?

FRANZ: Tiene la casa llena de fotos suyas, recortadas de las revistas. Hay algunas que se robó de un cine. Ella está seca, recia. Conserva mucho pelo oscuro... Está bien.

YAMILÉ: ¿Cómo dio con ella?

FRANZ: Todo Champerico sabe quién es usted, y de qué casa salió. Todo Champerico cuenta su historia... de muchos modos. Cuando menos allí, no van a olvidarla nunca. Sus hermanas y sus hermanos hablan de usted como si hubiera estado junto a ellos toda la vida.

YAMILÉ: A ellos no los vendieron.

FRANZ: ¿Vendieron?

YAMILÉ: *(Grita.)* ¡Me vendieron a mí! Cuando llegó aquella carpa que iba yo a espiar cuando podía, cuando llegó aquella carpa... El empresario, que era un hombre... mayor... Me miraba con ojos de... con ojos de comerme. Yo tenía...

FRANZ: Trece años.

YAMILÉ: Trece. Flacos y desnutridos. Plátanos verdes y frijoles. Pescado a veces, eso comíamos. Mi padre pescaba, sembraba, era cargador en el muelle —cuando no estaba borracho—. Ese hombre fue a mi casa para hablar con mis padres, el empresario. Dos veces fue, o tres, no porque le dijeran no: para regatear, simplemente. Y mi madre empezó a coser el trajecito de rumbera *(Llora, grita.)* ¡y compró las pelotitas de pin-pon! El señor me enseñaba a mover el culo, me lo agarraba mientras... Flaca, asustada, me movía como mejor podía por el foro, como pollo espantado. Los de la compañía me decían la lombriz, porque nada tenía en mi cuerpi- to más que huesos... ¡Me vendieron como a la vaca, como a las dos gallinas gordas! Me vendieron y me dijeron adiós con ropa recién comprada, muy bonita, mientras se iba el camión conmigo y con toda la gente de la carpa. *(Llora y grita.)* ¿Eso quería que le contara? ¿Que me llamé Engracia Benítez, la Lombriz? ¡Nunca más! Soy la Princesa Yamilé. No tengo padres, se murieron; los vi enterrarse solos, en la distancia, hundirse con todo el pueblo, bien comidos y con ropa flamante gracias a lo que les dieron por mí.

Un silencio.

FRANZ: Su madre dice... que sólo quería salvarla de su padre.

YAMILÉ: ¿Eso dice? Cuando papá me metía mano, ella me pegaba a mí, me decía provocativa... ¿Sigue muy pobre?

FRANZ: Tiene una tiendita, cose ajeno. Su padre la abandonó.

YAMILÉ: ¡Lupe! ¿Sabe usted donde vive? ¡No me lo diga! Lupe... *(Entra Lupe.)* Vas a mandarle dinero a mi madre, sin ningún recado y sin esta dirección. No quiero que me conteste. Vas a mandarle donde te diga este hombre, yo voy a darte un cheque. Y... *(Calla.)*

LUPE: Como usted ordene. Claro. *(Se seca los ojos. Murmura a Franz.)* Eres un cabrón.

FRANZ: ¡No se pueden contar tantas mentiras! Los libros se hacen con la verdad, ¡con la sangre y el sufrimiento que son ciertos! ¡¡Con la verdad!! Y no con fantasías peliculeras.

YAMILÉ: Ah, ¿sí? Pues tenga una verdad para cuando escriba sus libros: salga a la calle y escóndase. Al rato verá a Beatriz, muy bañadita y perfumada, y la verá correr a la vivienda de un tal Flavio Ríos. Y hasta afuera va a oír los gritos y los brincos que dan los dos en la cama.

Franz, helado. Va y apaga la grabadora. Saca el cassette y se lo embolsa.

FRANZ: Usted es una mala persona.

YAMILÉ: *(Grita.)* ¡Nada más amo la verdad! ¡Como usted! ¡Y yo soy la que paga! Le di dinero, lo mantuve, ¿para que espiera mis dolores y mis vergüenzas? ¿Le compré vino para que me humillara? ¡Y eso quiere escribir! ¿Por amor a la verdad? ¡Pues ya pagué también por su verdad! Gócela, vívala, es

cierta. ¡Yo también sé acabar con las fantasías idiotas! ¡Igual que usted! ¡Ya me volví igualita a usted!

Sale Franz, lívido.

YAMILÉ: Lupe, por favor: me preparas un té de tila, bien cargado. Y dos vallium. Y dos aspirinas. Y cierras bien la puerta, para que no me oigas llorar a gritos.

Escena VI

Lupe sacude, limpia. Habla con Yamilé, que está fuera.

YAMILÉ: *(Fuera.)* ¿No hay más café?

LUPE: Ya se lo bebió todo. Una cafetera. Le hago otra, pero luego va a estar dando brincos y gritándose. ¿Ya lleva así cuántas semanas?

YAMILÉ: *(Fuera.)* ¿Qué te importa? No soy calendario. ¡¡Dame más café!!

LUPE: Ay, ya empezó. Le haré otra cafetera...

Sale, se cruza con Yamilé, ligero rozón.

YAMILÉ: Empújame más, tírame al suelo.

LUPE: *(Se asoma.)* Usted salió disparada del comedor y me atropelló. Vaya. *(Sale.)*

YAMILÉ: Ahora soy camión que atropella. *(Se sienta.)* ¿Me estás haciendo mi café?

LUPE: *(Fuera.)* ¡Que sí, que sí!

YAMILÉ: Podría demandarlo, ¿eh? ¡Hizo un compromiso! Le he pagado, ¡puntualmente! Y se larga, para no regresar. ¡Y me indagó mi vida! Me refregó en la

cara cosas horribles, que ya no existen, que se borraron, ¡que ya no son mi vida! ¿Para eso le pagué? Lo mantuve, le compré regalitos, ¡y vino! Una botella diaria. ¿Para eso? Y se llevó mi vida. Quiero ver qué hizo con ella.

Entra Lupe con el café. Se lo da.

LUPE: Lo que sí es cierto... que usted juró verdad a fondo y... sinceridad, y pues...

YAMILÉ: ¿Qué es la verdad? ¿Quién eres? ¿Carmen Miranda o ese pobre huérfano con madre, botado en mi camerino como bulto? ¡Dime quién eres!

LUPE: *(Una pausa.)* Carmen Miranda. *(Pausa.)* Si mamá me buscaba era para exigir dinero, y mantener a mis hermanos. De la cárcel, me sacó usted, dos veces.

YAMILÉ: Yo no. Mis amigos.

LUPE: Usted.

YAMILÉ: Trabajé para hacerme mi vida. Y ésa quise que quedara en papel, con fotos, ésa, la que de veras es mi vida. Y no la basura que fue a escarbar ese zopilotito. Podría demandarlo, ¡claro que sí! Si escribió algo, ¡debe dármelo! Dármelo y largarse. ¡O por correo, si no se atreve a verme!

LUPE: ¿Por correo? Ay. ¿Ya abrió el paquete que llegó ayer?

YAMILÉ: ¿Qué paquete?

LUPE: Ahí está en la cesta de las cartas.

YAMILÉ: ¿Cuáles cartas? Cuentas y anuncios.

LUPE: Pues en esa cesta, un paquete.

YAMILÉ: ¿De qué?

LUPE: Yo no le abro sus cosas porque se enoja.

YAMILÉ: ¿Paquete? Traelo acá.

Lupe va y le da el paquete, que es un grueso sobre tamaño carta. Ella lo abre.

YAMILÉ: Franz Martínez. Vaya.

LUPE: ¡Franz! ¿Y qué es?

YAMILÉ: Ya voy a ver. "Carretera en desuso". Novela. ¿Qué es esto?

LUPE: Será su libro que quería, ¿no?

YAMILÉ: *(Se pone lentes.)* Muchas hojas... *(Hojea.)* Habla de F., así con un puntito, F., y más F. ... Y de una... Duquesa Olga... Un gran duque ruso... ¡que era albañil! ¿Qué es esto? ¡Traeme más café! Voy a ver qué rayos es esto.

Hojea y revisa, lanza exclamaciones. Lupe sale y vuelve con el café.

YAMILÉ: ¡Cuba! Y el Alhambra. ¡¡Tropicana!! Coño. ¡Está robándose mi vida! Eso está haciendo, maldito vampiro, me chupó, me exprimió ¡y escribe aquí de una duquesa Olga! ¡Y de ese F. que ha de ser él mismo! Dame ese maldito café. Tres litros. Voy a leer esto en orden, despacio... Voy a leer y a leer. Todo.

Se pone cómoda, sorbe café, empieza en orden la lectura.

Escena VII

Es de noche. Yamilé, con el manuscrito cerrado, la expresión concentrada... Llora y gime de pronto, se domina, se suena.

YAMILÉ: ¡Lupe! Dame más café.

LUPE: *(Entra.)* Tenga, y una torta. Está como polilla rabiosa, nada más lee y lee. Trague jamón y queso en vez de papel. Riquísima torta. ¡No va a dormir en tres días!

Ella bebe café.

YAMILÉ: Traeme unos cerillos de la cocina.

LUPE: ¡También va a fumar! Lo tiene muy prohibido.

YAMILÉ: ¡Dame ya esos cerillos, carajo! Yo sabré qué hago con ellos. ¿Desde cuando se fuman los cerillos, estúpido?

LUPE: Tendrá cigarros escondidos, la conozco.

Saca cerillos de la bolsa, se los da. Ella arranca unas hojas del manuscrito, les prende fuego, las echa a la chimenea. Luego otras y otras... Y más, y más... El cuarto empieza a llenarse de humo. Ella sigue quemando. Lupe fue a abrir. Entra Franz.

FRANZ: Vaya, Hedda Gabler con la estufa descompuesta. ¿O son los papeles de Aspern?

YAMILÉ: Pagué por esto, puedo quemarlo. Es mío. Y no me hable charadas.

FRANZ: *(Trae una carpeta.)* Pagó por esto, pero me equivoqué de sobre. Le mandé mi novela.

YAMILÉ: ¿Su novela? ¿Esto, suyo? ¡¡Se está robando mi vida!!

FRANZ: ¡Todo eso es lo que me prohibió escribir! Tenga. Aquí sí están las fantasías que me ha dictado, su dizque vida. Eso me pagó por hacer. Muy suyo. A ver quién se la publica. Nomás no use mi nombre.

YAMILÉ: ¡Si se me da la gana lo uso! Vivió y tragó y bebió: hay un contrato. Si se me da mi chingada gana

puedo usar cuanto nombre tenga. ¿Y a poco cree que me interesa? ¿Quién es usted? Su pinche nombrecito... ¡Yo soy la Princesa Yamilé! Eso es un nombre. ¡Y esto, mi dizque vida, mis "fantasías"... Se las robó también! ¡Las metió en ese libro que me mandó, las metió en ese libro!

FRANZ: Bueno... Puse tantitas, aquí y allá, contrastando, equilibrando...

YAMILÉ: ¿Cómo se atreve a usar así mi vida? Ya pregunté: es un abuso y un delito, es un plagio. Es mi vida.

FRANZ: Ya que usted no la usa... Mírese, encerrada, recordando mentiras y contándolas. Hasta quiere publicarlas. No quería lastimarla, sólo quería saber. Y pues... tal vez se me pasó la mano pero... ¿Para qué cree que sirve una vida?

YAMILÉ: Para... para... ¡vivirla! *(Tose y tose.)*

FRANZ: Vívala. Acepte sus recuerdos. Se va a asfixiar por quemarlos. No se quede como un camino que ya no va a ninguna parte. Si no va para atrás, menos irá para adelante.

YAMILÉ: Se le pasó la mano... Ni ponga cara de arrepentido; está feliz de su porquería.

FRANZ: *(Abre la ventana, tosiendo.)* ¡Eso juramos que se haría! Trabajé, investigué, traté de hacerlo mi material, de sentirlo, y traté de escribirle un buen libro, a usted, escribir un buen libro honradamente... ¡No me dejaba! Yo quería saber todo, y lo fui averiguando, ¿cree que no me dolía? ¡Ese dolor tan bueno, ese dolor del personaje, que era usted, y que ya era mío!

YAMILÉ: ¡Carajo! ¡Ya no soy persona! ¡Su personaje! ¿Eso cree que soy? ¡Sólo eso me faltaba!

FRANZ: ¡Es que el libro está bien!

YAMILÉ: Estaba. Mírelo. Carbón. Ceniza.

FRANZ: Puedo sacar cincuenta copias cuando quiera. Está todo en un disquito que las imprime.

YAMILÉ: ¡Atrévase! ¡Lo demando! ¡A la cárcel!

FRANZ: Si niega que sea su vida, ¿cómo me va a demandar? Eso que usted leyó... Es tan mi vida como su vida. A los once años... les di de cuchilladas a dos compañeritos, a los que más eran mis cuates.

YAMILÉ: ¿Eso que dice el libro? ¿Eso hizo usted?

FRANZ: Pero no fui al reformatorio. Les di de cuchilladas porque me perseguía el grupo entero, así son las primarias; sacaba yo diez y era un poquito nena... Me perseguían y me pegaban, y se burlaban y me insultaban... Todos los días. Esa mañana me llevé un cuchillo de la cocina y se lo encajé a esos dos. No fue grave pero había mucha sangre y muchos gritos, y ellos lloraban, y eran mis muy amigos, pero se habían aliado con los que me acosaban. Fuimos a la delegación. Y mi padre pidió que me castigaran, porque él no me había educado así. Y la maestra de quinto les dijo que estaban locos, que en un reformatorio me iban a violar y a volver de veras hampón. "Ya es", dijeron ellos. Y mi padre pensó en la necesidad de disciplina, y mi mamá pensó: "¿qué tal si un día se lo hace a sus hermanos?". La maestra me llevó a su casa. Allí estudié con ella el quinto año. Para el sexto, me pagó una escuela especial, activa, y ahí seguí hasta secundaria. Y ella pagó también en la delegación, para sacarme en seguida y para borrar el expediente y que no estuviera yo fichado. ¡¿Cómo pudo hacerlo con su sueldito?! (Empezó a llorar.)

Me educó, me compraba libros, fue muy feliz cuando vio que empecé a escribir. Acababa yo secundaria cuando murió... Me dejó su pensión, porque me había declarado como hijo. Y en su departamentito seguí viviendo y estudiando, también me lo heredó. Y ahí vivo. Por eso Franz. No me quiero llamar como mi padre. ¿Ve? No les hablo a mis padres, yo tampoco. Ni quiero verlos, ni saber... Yo tampoco.

LUPE: Ten. (Le da kleenex.)

FRANZ: Y Beatriz... La más tonta, la más feíta del grupo. La reprobaban, y los demás le hacían chistes feos, por sus patitas flacas y su piel manchada. Yo la dejaba copiar, así aprobaba. La protegí, la defendí, ¡la quise! No la querían, ¡yo la quise! Me la llevé conmigo. La mimé, la quise. La quise. Y ya usted me dijo el final. Estamos a mano, ¿le parece?

YAMILÉ: Lupe, dale un café. Pero ya. Y más kleenex. Franz, no llore, no sé qué hacer cuando la gente llora. Me va a hacer llorar a mí. Lupe ya está llorando. ¡Por favor! Dame acá, Lupe, dame.

LUPE: ¿Café?

YAMILÉ: Kleenex, estúpido. Oiga Franz, yo no pensaba decirle de su novia. (Grita.) ¡Pero fue horrible lo que me dijo de mi madre!

FRANZ: Entré a la casa y corrió a besarme. Beatriz. "¿Llegaste, mi amor?". Le di el primer trancazo. Le pegué y la eché, le tiré sus cosas por el balcón y la saqué a empujones... ¡Habría corrido detrás de ella, a pedirle perdón, yo no sé portarme así! Pero ella nada más me insultó, con odio, y me pegó también, con odio, y se fue a vivir con Flavio.